

DaBar



Ciclo
B

28 de febrero de 2021

Domingo II Cuaresma

nº 18

Año XLVII

Una vez más queremos agradecer la confianza que depositáis en nuestro trabajo al seguirnos cada semana y utilizar nuestros materiales, pero queremos recordaros que necesitamos de vuestra aportación económica para seguir adelante con este proyecto. Si puedes y quieres puedes apoyarnos con cualquier pequeña donación en nuestro número de cuenta IBAN

ES78 2100 54413902 0007 9585.





Índice

Primera Página

Exégesis

Notas para la Homilía

Para la oración

La misa de hoy

Cantos

Dios habla



Primera Página

¡Escuchadlo!

La liturgia de hoy está marcada por dos grandes historias protagonizadas cada una de ellas por un padre y su hijo. La Biblia está llena de historias y de relatos. Las historias son seductoras. Hay algo en ellas que "engancha". Son historias de personajes transidas del misterio de un Dios interesado por el bienestar de la humanidad: historias de salvación. Primero fueron vida, después palabra, finalmente narración escrita que continúan dando aliento a la existencia de quienes las leemos. El mismo Jesús fue un gran contador de historias.

La tan conocida historia que nos presenta la primera lectura empieza con una llamada de Dios a Abraham a la cual, con rapidez, enseguida, sin dudar, éste responde: ¡Heme Aquí! Es la primera vez que alguien responde a Dios de ese modo. Una respuesta seca, densa, evocadora. Después de Abraham, otros creyentes la repetirán como el pequeño Samuel, llamado por Dios en la noche (1 Sam 3), el profeta Isaías (Is 6,8) o María, la joven madre de Dios, al ángel anunciante (Lc 1,38) ...

Y, como en la primera llamada, la petición de Dios llega a Abraham con la invitación a salir: ¡ve! Abraham, debe andar de nuevo, dirigirse hacia un monte que Dios le indicará. Pero esta vez no para tener una herencia, sino para perder la que ha adquirido con esfuerzo.

Sobre el monte Moria deberá cumplir una ofrenda. Deberá matar al hijo predilecto. Abraham calla, no dice nada, no replica. No conseguimos ni siquiera imaginar qué le pasa por la cabeza y por el corazón.

La primera vez Dios le había pedido partir, sacrificar su pasado. Ahora le pide sacrificar su futuro. Antes había tenido que dejar a su padre Téraj y el clan. Ahora se le pide que deje a su hijo Isaac y a su descendencia. En medio del relato, en el mismo monte, Dios lo vuelve a llamar, esta vez, para cambiar su petición y la respuesta de Abraham es la misma ¡Heme aquí!

El hijo de Agar no es el heredero de la promesa. Eso parece claro. Hay en la casa este otro niño que es risa y juego, todo regalo del Dios Amigo y sorpresa inesperada, aunque siempre soñada. Sacrificar a Isaac en lo alto de un monte significa en cierto modo negar la promesa. Pero al mismo tiempo, subir al monte para sacrificar a Isaac es seguir buscando y, en esa búsqueda, un descubrimiento acontece.

El hallazgo de que, decididamente, Dios se reserva las primicias de la vida, pero no quiere la sangre de los seres humanos, como piensan las gentes del país. El hallazgo de que Dios es el enamorado de la vida; es un Dios de vida no de muerte. A menudo, los israelitas se dejaban influir por las costumbres de los pueblos vecinos y asimilaban algunas prácticas religiosas que eran incompatibles con su fe.

En este contexto hay que entender la escena del sacrificio de Isaac. En realidad, es una crítica a esta horrible práctica. El hijo es reemplazado por un carnero atrapado por los cuernos en unos matorrales. Así, el sacrificio de los niños es sustituido, desde el punto de vista ritual, por los sacrificios de animales.

El segundo relato de hoy, en el Evangelio, también se desarrolla en un monte, pero esta vez la historia es de gozo y alegría, la transfiguración, y se puede oír la voz del Padre expresando un gran amor por su Hijo y animando a las gentes a que lo escuchen; como en su día escuchó su amigo Abraham con su pronta respuesta: ¡Heme aquí!

Maricarmen Martín
maricarmen@dabar.es





Exégesis...

...un análisis riguroso

Primera Lectura

Los textos de hoy mantienen un cierto paralelismo: en mitad de la historia 'pública' de Abrahán y de Jesús. Como en la vida de tantas personas, un acontecimiento que define lo que ha de ser su vida para sí y para los que le rodean siguen o confían en él. Tanto Jesús como Abrahán quedarán sellados' en la significación salvífica de su respectivos pueblos, judío y cristiano. Y alargando su trascendencia, para toda la humanidad en la segunda lectura de Rom 8,31b-34 de hoy.

El caso de Abrahán se engarza en tradiciones que articulan creencias antiquísimas que aun perviven entre nosotros para manifestar la importancia de ciertos acontecimientos: la fundación de un pueblo, la construcción de unas murallas; la celebración de una victoria militar, la prevención de alguna desgracia o el castigo por algún delito. La ofrenda de sacrificios humanos no era infrecuente en casi todas las culturas antiguas, como no lo es la venganza en nuestros tiempos.

Hoy nadie se siente capaz de justificar los favores recibidos con ofrendas tan 'generosas'. Pero alienta en el corazón humano la actitud de gratitud, el reconocimiento de la bondad, el sentido de una justicia retributiva que no deriva en mayor justicia sino en el victimario de la compensación.

En aquella espiritualidad antigua estaba sin embargo incluido el sentido de lo justo y la historia de la salvación, bíblica, nos irá aleccionando hasta alcanzar esa justificación no a través del victimismo sino del amor. La entrega de sí mismos de tantas personas ayer, hoy y mañana por amor, por salvar a los demás, por equiparar en justicia la naturaleza herida por la desigualdad, estará siempre en medio de la construcción del Reino de Dios. Superar la entrega de objetos (la vida humana no deja de ser en ese sacrificio equivocado la mejor ofrenda), ha de ser siempre sustituida por la propia ofrenda: "No quiero tus cosas, sino a ti". Por eso la ofrenda de sacrificios humanos 'sustitutorios' repugna tanto a la ley del Señor que siglos más tarde permanece en textos muy antiguos de los profetas y de los reyes.

Varios de los reyes son rechazados por haber ofrecido sacrificio de hijos e hijas (2Re 16,3; 21,6; Jer. 7,31 "han esto sus monstruos abominables en el templo, que lleva mi nombre y han construido los altos de Tofet –que está en el valle de Ben Hinón- para quemar a sus hijos e hijas en fuego, cosa que no les mandé ni me pasó por las mientes"; 19,5...)

No hay que ir lejos en la historia para percibir que la prueba puesta a Abrahán por el Señor (v. 1) no fue arbitraria ni fuera de lugar. Era el signo veraz de la fidelidad al Señor sin sustituirlo por ídolos: el egoísmo, la necedad, la crueldad, 'el querer ser como dioses', que hasta el día de hoy manifiestas la humana naturaleza, puesta a la prueba de sacrificarse por el pueblo y no sacrificar a las personas y al pueblo entero en holocausto a sí mismos: Hitler, Trump..., países ricos en la historia



de las vacunas (esperemos que no!), los mil y un dictadores actuales que tienen a sus pueblos esclavizados, silenciados, muertos de hambre... al servicio de su ego. ¡Tiempos aún de sacrificios humanos!

No así su siervo Abrahán, sino que “No vaciló en su fe... Por el contrario, ante la promesa divina, no cedió a la duda con incredulidad; más bien, fortalecido en su fe, dio gloria a Dios, con el pleno convencimiento de que poderoso es Dios para cumplir lo prometido. Por eso le fue reputado como justicia. Y la Escritura no dice solamente por él que le fue reputado, sino también por nosotros, a quienes ha de ser imputada la fe, a nosotros que creemos en Aquel que resucitó de entre los muertos a Jesús Señor nuestro, quien fue entregado por nuestros pecados, y fue resucitado para nuestra justificación” (Rom 4).

Tomás Ramírez
tomas@dabar.es

Segunda Lectura

Nos encontramos en los vv. 31-34 un himno de triunfal con el que Pablo acaba la parte central de la carta. El cristiano puede estar rodeado de peligros, pero siempre tiene que ver que al final triunfará. Y todo se debe al gran amor de Dios que se derrama sobre nosotros en Cristo y que, al final, triunfa sobre la muerte y el pecado. Si Dios está con nosotros y nos da su amor, ¿quién podrá contra nosotros?

Efectivamente, ya en el v. 31 se nos dice: “Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? Sin Dios nada podemos, pero con Dios, todo lo podemos, porque este Dios está con nosotros y por nosotros.

El v. 32 puede referirse a Gn 22,16, donde Abrahán no niega a su hijo Isaac para el sacrificio. Pablo también recuerda Rom 5,5-8: “...Dios nos ha mostrado su amor haciendo morir a Cristo por nosotros cuando aún éramos pecadores”. Dios es juez y pronuncia su sentencia a nuestro favor, por lo que no hay que temer. Si Dios entregó a la muerte a su hijo por nosotros: “¿Cómo no va a darnos gratuitamente todas las demás cosas juntamente con él?”.

“¿Quién acusará a los elegidos de Dios si Dios es el que salva?” (v. 33). Queda anulada la acusación contra los elegidos de Dios porque Dios mismo la anula. Se ha hablado durante todo el capítulo de que los cristianos tienen conciencia de ser elegidos por Dios. Han recibido el espíritu de adopción y se pueden llamar hijos de Dios y disponen de la promesa de la gloria futura. En definitiva, se destaca la obra de Dios justificando nuestra salvación. Así, el cristiano, que ha sido elegido por Dios, debe mantenerse libre de orgullo y suficiencia y mantener la esperanza en esta obra salvadora de Dios.

El v. 34 ahonda en este razonamiento. Si en el v. 33 se preguntaba quién sería el que acusara a los elegidos de Dios, en el v. 34 se pregunta quién será quien condene. En énfasis de la frase se desplaza hacia Cristo resucitado. Cristo ha muerto por nosotros, ha resucitado y, ahora, “está a la derecha de Dios intercediendo por nosotros”. Cristo, después de resucitar, prolonga su actividad a través de su intercesión, tanto en el presente como para el futuro.

Y este amor que Cristo nos tiene hace que ningún peligro ni disgusto de la vida nos separe de él. Es la conclusión del v. 35 que hoy no leemos.

Rafael Fleta
rafa@dabar.es



Evangelio

Contexto

Dentro del evangelio de Marcos, nos situamos en la segunda parte, que viene marcada por el camino de Jesús hacia la pasión, tras la confesión de fe de Pedro en 8,30. La perícopa completa de la transfiguración de Jesús abarca hasta el v. 13, incluyendo el diálogo sobre el retorno de Elías. Marcos pone énfasis en la importancia de este momento, puesto que es el único, junto con la pasión, del que nos ofrece una referencia temporal exacta. Dice que la transfiguración se produce seis días después. Pero, después de qué. Parece que se esté refiriendo bien a la confesión de Pedro (8, 27-30) o bien a la profecía de la pasión (8, 31-33). Una tradición del s. IV que procede de Cirilo de Jerusalén identifica la montaña alta como el monte Tabor, en las inmediaciones de Nazaret, pero es más probable que se trate de algún monte de Galilea, puesto que la curación del joven poseso posterior habla de la presencia de escribas.

Texto

Solo tres discípulos acompañan a Jesús, los más íntimos, los que estuvieron en la curación de la hija de Jairo (5, 37) y que estarán también en Getsemaní (14,33), Pedro, Santiago y Juan van a ser testigos de la epifanía en la que Jesús resplandece, de la misma forma que Pablo contará que brilla tras la resurrección (cfr. 1Cor 15,43), lo que nos hace ver que el Tabor supone una anticipación de la escatología de Jesús. Junto a Jesús van a aparecer Elías y Moisés, que, si bien representan a los Profetas y a la Ley, no serían los que más referencias mesiánicas nos dieron. Jesús es el culmen de la Ley y los Profetas, en Él confluyen.

Pedro aún sigue esperando el esplendor mesiánico, proponiendo construir tres tiendas por la dignidad de las figuras, intentando retener el momento. Marcos disculpa la inoportuna proposición de Pedro, por la confusión del momento. La nube es la presencia de Dios en el A. T., manifestándolo y ocultándolo a la vez, y también da respuesta a la proposición de Pedro, la nube es la tienda de Dios. Desde ella resuena la voz que en el Jordán solo oyen Jesús y Juan (1, 11), manifestando a Jesús como el Hijo amado, único, de Dios, y que, evidentemente, va dirigida a los discípulos, alcanzando así la confirmación divina de su mesianidad, aunque esta nube no tenga nada que ver con aquella en la que habrá de subir al cielo Jesús, en la ascensión. Contestando así también a la confesión de Pedro y, en el "escuchadle" podemos apreciar una referencia al previo anuncio de la pasión (8, 30-33). La voz es el elemento central de la escena.

El v. 8 es el tránsito a la normalidad, de nuevo, Jesús aparece desprovisto de su gloria. Momento que aprovecha para, como viene siendo habitual, prohibir contar lo sucedido hasta que muera, en el marco de un secreto mesiánico, que, hasta el momento, pocos han respetado (cfr. 1, 40-45, la curación del leproso). La referencia a la resurrección que hace Jesús provoca que los discípulos se queden pensativos porque, la resurrección implica la muerte de Jesús. La resurrección de los muertos era doctrina corriente en el judaísmo salvo para los saduceos (cfr. 12,18).

Pretexto

En este tiempo de cuaresma, tal vez el hincapié haya que centrarlo en un par de aspectos. El primero, el riesgo de quedarnos mirando al cielo. En cuaresma se nos invita a una conversión sincera, de opciones fundamentales. Nuestra fe nos exige un compromiso con los hermanos, no podemos quedarnos estupefactos ante Dios, limitándonos a contemplarlo. El verdadero significado de la cuaresma, de su sentido penitencial, está en el amor a los demás. Y, el segundo, es más bien una pregunta, dónde está nuestra fe, la pregunta que se hacían los discípulos es la misma que nos vamos repitiendo una y otra vez en nuestra historia personal, qué significa la resurrección. Ahora, en esta cuaresma, tenemos la ocasión de responder a esa pregunta de la única forma posible. Desde la fe. Desde la confianza total y absoluta. Esa que sólo demuestran los niños pequeños, que son capaces de tirarse al vacío si se lo piden sus padres. La pregunta sigue en nuestros corazones. Y la respuesta solo puede ser que Dios sabe lo que tiene que hacer con nosotros.



Notas para la Homilía

Transformar

Ante todo, debemos decir que el tiempo de Cuaresma no es un tiempo para recordar una sucesión de acontecimientos, en este caso los que llevaron a Jesús a la Pascua. Por el contrario, es un tiempo para meditar ciertos hechos de su vida, pero en relación con nosotros.

De este modo, nos detenemos en ellos para iluminar nuestro camino a la Pascua, por eso es importante subrayar que lo que hagamos como práctica cuaresmal sólo tendrá sentido en tanto nos ayude a que, viendo, nos dejemos transformar.

Y es con relación a esta necesidad de iluminar el camino, para que, viendo, cambie nuestro mirar, que Jesús hoy se transfigura, que Jesús hoy cambia de figura.

Para entender mejor esto, debemos tener en cuenta que Jesús viene de anunciar por primera vez su muerte y resurrección, pero también de poner en la vida de sus amigos unas condiciones de seguimiento muy duras, aquellas del negarse a uno mismo y tomar la cruz... Ante esto -algo que evidentemente produce desazón y angustia en sus discípulos, pero también en él- sube a un monte con tres de ellos a orar.

Orando, su rostro cambia, sus vestidos refulgen y comienza a conversar sobre su muerte con Moisés y Elías, todo ante el asombro de sus amigos que sin saber qué está pasando quieren quedarse allí, seguramente impactados por lo que ven. Sin embargo, inmediatamente casi, desde una nube, una voz, la de Dios, les dice que deben escuchar a ese que siguen, que ese es su Hijo: el Escogido.

Toda una teofanía, una manifestación de Dios que busca confirmar a Jesús como Hijo, de ahí la visión de la Gloria del Padre. Vemos entonces que la transfiguración viene a confirmar a Jesús como Dios y sobre todo a decir que lo que Él comunica es verdad, que la misma pasa por el camino pascual de la entrega.

Ver en la transfiguración un anticipo de la gloria futura del resucitado es confundir las cosas, sería darle la razón a los apóstoles cuando esperan a un Mesías triunfalista. Al contrario, ella nos llama a bajar de la montaña, a volver al mundo y asumir lo dicho por Jesús desde el principio: 'aquello del negarse a uno mismo y tomar la cruz'. Allí está la raíz de la transfiguración, del cambio de figura que hoy recordamos y nos interpela.

¡Y cuánto hay por transfigurar, transformar, cambiaren esta sociedad nuestra, conformista con la injusticia mientras esta no toque a la puerta de casa, que se esfuerza sólo por vivir a la carta, sin construir verdaderas esperanzas! ¡Y cuánto hay por transfigurar en nuestros corazones, en nuestras miradas!

Se nos exige espabilar y buscar al Señor que hoy también se transfigura... claro que para notar esto, debemos despertar y abrirnos a la posibilidad del cambio, pues adormecidos, amodorrados y encerrados en nuestro pequeño mundo difícilmente podamos encontrarnos con los cambios que Dios opera en la vida, en el día a día.

Tres propuestas: subir activamente a la montaña y allí sin dormirnos contemplar a Dios en el mundo; recordar sus manifestaciones... y ver finalmente si entiendo el mensaje de Jesús, o sigo intentando hacer las cosas a mi medida.

Sergio López
sergio@dabar.es



“Maestro, ¡qué bueno es que estemos aquí!

Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías”

(Mc 9, 28b)



Para reflexionar

Ya imbuidos en la cuaresma, podemos empezar a plantearnos algunas cosas.

La cuaresma es un tiempo para el ejercicio penitencial, no como mero ejercicio de ascesis, sino como un verdadero acto de amor. Como respuesta al amor recibido por Dios en la entrega de su Hijo. ¿Cómo vivo los ayunos, las abstinencias, la solidaridad?

Dentro del marco penitencial, es un buen momento para acercarnos al sacramento de la reconciliación. Todos somos conscientes que, cuando acudimos al sacramento con cierta frecuencia, terminamos dándonos cuenta de que siempre caemos en los mismos errores. La importancia del sacramento no está solo en reconocer nuestros fallos, sino en reconocerlos ante Dios, tomar conciencia de nuestra condición frente a Él, dejarnos amar por Él y manifestarle el nuestro, reconociendo que nuestro amor es imperfecto ante el suyo.

Y, en el marco de la celebración de hoy, si nos acercamos a Dios, como Pedro, corremos el riesgo, de quedarnos extasiados ante Él, de dejarnos imbuir de su amor y limitarnos a permanecer en él. Pero el amor de Dios es para distribuirlo, es de esas cosas que cuanto más se da más se puede experimentar, más se puede disfrutar.

Pero, si podemos disfrutar de la presencia de Dios en nuestras vidas, no podemos quedarnos en él. Él mismo es el que nos envía para que lo que vivimos lo compartamos con los demás, lo comuniquemos.

Al final, como veis, se trata de vivir el amor, de disfrutarlo y compartirlo. ¿Cómo vivo el amor de Dios? ¿Cómo se lo manifiesto a todos los que me rodean?

Para la oración

Padre bueno que te manifestaste en la montaña para decir que Jesús es tu Hijo y teníamos que escucharle, haz que nuestros oídos estén atentos a su Palabra y ayúdanos a comprender su sentido. Por el mismo Jesús, tu Hijo y Señor nuestro.



Acepta, Padre de bondad, estas ofrendas que te presentamos y transfórmalas en el altar, donde también ponemos nuestros corazones, para que sean el alimento que nos permita disfrutar de Tu presencia en nosotros. PJNS.



Te damos gracias, Padre amoroso, por lo que cada día nos das. Pero especialmente debemos agradecerte que tu Hijo, Jesús, hecho hombre nos haya mostrado lo que nos espera junto a Ti. Sabemos, como Pedro, que se está tan bien que podemos correr la tentación de quedarnos aquí, pero Jesús nos enseñó que había que volver a la realidad y fijarnos en la situación del mundo, para transformarlo. Por eso, junto a tus amigos y los que están contigo en el cielo, te cantamos...



Gracias, Padre bondadoso, por este rato en el que hemos podido disfrutar del Tabor y nos has permitido entrever lo que nos espera junto a Ti. Danos las fuerzas para vivir de verdad esta cuaresma y que nos sintamos transformados en verdaderos hijos tuyos que se preocupan los unos por los otros. PJNS.

Cantos

Entrada: Sube a la montaña (Erdozáin); Me adelantaré (Gelineau); Purifícame, Señor (Erdozáin); Hacia ti morada santa (Argüello).

Acto penitencial: En mi debilidad (Brotos de Olivo)

Salmo: LdS o el estribillo Caminaré en presencia del Señor (Espinosa).

Aclamación antes del evangelio: Gloria a ti (Erdozáin).

Ofrendas: Peregrino, ¿a dónde vas? (Gabaráin).

Santo: (1 CLN1 S).

Aclamación al memorial: (La misma que el primer domingo en toda la Cuaresma).

Cordero de Dios: de Climent (2 CLNN 8).

Comunión: Oh Señor delante de Ti (Erdozáin); No adoréis a nadie (Brotos de Olivo); ¿Por qué tengo miedo? (Hna. Glenda); Cerca de ti, Señor (Mason).

Final: Hoy, Señor te damos gracias (Gabaráin); Padre, me pongo en tus manos (Kairoi).

La misa de hoy

Monición de entrada

Ya inmersos en la cuaresma, la liturgia nos ofrece hoy la oportunidad de revisar nuestra historia religiosa y valorar cuál es la trayectoria de nuestra vida y la relación con Dios. Él siempre está a nuestro lado para que seamos capaces de crecer en humanidad sensible y en relaciones mejores. Dejemos que nos transforme con su Palabra y su Pan. Acerquémonos a Él con todo lo que vivimos y pongámoslo a sus pies para que pueda enviarnos fortalecidos.

Saludo

Dios Padre que en el Tabor nos ha revelado a su Hijo y nos otorga el Espíritu Santo para que podamos cumplir su voluntad, estén con todos nosotros.

Acto Penitencial

Dios se hace cercano a nosotros, se quiere involucrar en nuestras vidas. Ante su presencia, solo podemos reconocer que somos imperfectos, pidámosle que perdone los fallos que cometemos por nuestra condición humana.

-Tú que nos quieres tal como somos. Señor, ten piedad.

-Tú que nos permites disfrutar de Ti. Cristo, ten piedad.

-Tú que nos envías a los demás. Señor, ten piedad.

Dios que nos manifiesta su amor y nos permite experimentarlo, nos permita disfrutar de la reconciliación con Él y nos ayude a mejorar cada día. PJNS.

Monición a la Primera lectura

Pocas imágenes del Antiguo Testamento pueden que nos resulten tan conocidas e impactantes como la del sacrificio de Isaac del relato de hoy. Abraham símbolo de la fe e Isaac símbolo de las víctimas de toda la humanidad nos ilustran sobre cómo distinguir la auténtica fe.

Salmo Responsorial (Sal 115)

Caminaré en presencia del Señor, en el país de la vida.

Tenía fe, aun cuando dije: «Qué desgraciado soy». Mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles.

Caminaré en presencia del Señor, en el país de la vida.

Señor, soy tu siervo, siervo tuyo, hijo de tu esclava: rompiste mis cadenas. Te ofreceré un sacrificio de alabanza, invocando tu nombre, Señor.

Caminaré en presencia del Señor, en el país de la vida.

Cumpliré al Señor mis votos en presencia de todo el pueblo, en el atrio de la casa del Señor, en medio de ti, Jerusalén.

Caminaré en presencia del Señor, en el país de la vida.

Monición a la Segunda Lectura

La relación entre la lectura del Génesis y esta misiva de Pablo a los cristianos de Roma es evidente. Como Abraham, Dios entregó a su Hijo único para demostrarnos su amor, y esa es la garantía de que Él siempre nos dará lo mejor para nosotros.

Monición a la Lectura Evangélica

La versión que Marcos nos presenta de la Transfiguración, la imagen de la nube que se crea denota la presencia de Dios para el pueblo judío. Jesús ha decidido ir a Jerusalén y asumir la cruz, por eso, para él este episodio supone una doble aprobación de su decisión. Su autodonación dará unidad a las tres lecturas de hoy.

Oración de los fieles

La respuesta a tu Palabra siempre es nuestra oración por las necesidades del mundo y las propias.

-Por la Iglesia y sus servidores, para que sean para nosotros ejemplo de autodonación por todo el mundo. Roguemos al Señor.

-Por quienes tienen en sus manos el destino de las naciones, para que trabajen por el bien común. Roguemos al Señor.

-Por todas las víctimas del mundo y todas sus familias, para que puedan experimentar el amor de Dios. Roguemos al Señor.

-Por todos los que han sufrido y sufren los efectos de la pandemia que estamos viviendo, para que se recuperen física, social y económicamente. Roguemos al Señor.

-Por los niños que son sacrificados a los intereses de los mayores y utilizados en las guerras o como objetos de placer. Roguemos al Señor.

-Por todos nosotros, para que sepamos vivir nuestra religiosidad como búsqueda constante de Jesús. Roguemos al Señor.

Escucha, Padre bueno, estas oraciones, pero escucha también las que se quedan en cada uno de nuestros corazones, y haznos capaces de ser el instrumento del que te sirvas para manifestar tu amor. PJN.

Despedida

Dios que nos manifiesta su amor nos envía para ser el testimonio de su amor ante de todos los que nos rodean. No le defraudemos.



Dios habla

Lecturas propuestas para la Liturgia

Domingo II Cuaresma, 28 febrero 2021, Año XLVII, Ciclo B

GÉNESIS 22, 1-2.9-13.15-18

En aquellos días, Dios puso a prueba a Abrahán llamándole: «¡Abrahán!» Él respondió: «Aquí me tienes». Dios le dijo: «Toma a tu hijo único, al que quieres, a Isaac, y vete al país de Moria y ofrécemelo allí en sacrificio, en uno de los montes que yo te indicaré». Cuando llegaron al sitio que le había dicho Dios, Abrahán levantó allí el altar y apiló la leña, luego ató a su hijo Isaac y lo puso sobre el altar, encima de la leña. Entonces Abrahán tomó el cuchillo para degollar a su hijo; pero el ángel del Señor le gritó desde el cielo: «¡Abrahán, Abrahán!» Él contestó: «Aquí me tienes». El ángel le ordenó: «No alargues la mano contra tu hijo ni le hagas nada. Ahora sé que temes a Dios, porque no te has reservado a tu hijo, tu único hijo». Abrahán levantó los ojos y vio un carnero enredado por los cuernos en la maleza. Se acercó, tomó al carnero y lo ofreció en sacrificio en lugar de su hijo. El ángel del Señor volvió a gritar a Abrahán desde el cielo: «Juro por mí mismo oráculo del Señor: Por haber hecho esto, por no haberte reservado tu hijo único, te bendeciré, multiplicaré a tus descendientes como las estrellas del cielo y como la arena de la playa. Tus descendientes conquistarán las puertas de las ciudades enemigas. Todos los pueblos del mundo se bendecirán con tu descendencia, porque me has obedecido».

ROMANOS 8, 31b-34

Hermanos: Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? ¿Dios, el que justifica? ¿Quién condenará? ¿Será acaso Cristo que murió, más aún, resucitó y está a la derecha de Dios, y que intercede por nosotros?

MARCOS 9, 2-10

En aquel tiempo, Jesús se llevó a Pedro, a Santiago y a Juan, subió con ellos solos a una montaña alta, y se transfiguró delante de ellos. Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como no puede dejarlos ningún batanero del mundo. Se les aparecieron Elías y Moisés conversando con Jesús. Entonces Pedro tomó la palabra y le dijo a Jesús: «Maestro, ¡qué bien se está aquí! Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías». Estaban asustados, y no sabía lo que decía. Se formó una nube que los cubrió, y salió una voz de la nube: «Este es mi Hijo amado; escuchadlo». De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús, solo con ellos. Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: «No contéis a nadie lo que habéis visto, hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos». Esto se les quedó grabado y discutían qué querría decir aquello de «resucitar de entre los muertos».

